



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9834

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

JUEVES 16 DE AGOSTO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola
arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

LITERATURA

FIN DE SIECLE.

Federico manifestaba al andar una agitación interna, ó, por lo menos, medio pensionista...

Federico era elegante. Su gabán de color barquillo, almohadillado en los hombros, corto como medio gabán y ancho como dos, llevaba el sello de inimitable elegancia que da á sus cortes el famoso sastre Benito Morono (Espoz y Mina, 71)

Todo su atavío denotaba un hombre rico, pulcro y de buen gusto.

La tersura y morbidez que daba á sus pies el fino y reluciente calzado, no podía ser más que de Teófilo Cayatte (Alcalá, 38.)

La novedad, en la forma y el color negro mate de su sombrero, ¿podrían ser más que de Villasanté? (Alcalá, 38.)

Pues lo mismo podía decirse de su intachable camisa, de su estrepitosa corbata, de su bastón con puño de plata oxidada, de sus guantes color sangre de toro... Seguramente eran de Escribano (Puerta del Sol, 4.)

Vestir mejor era imposible. Aquel día Federico caminaba apresurado.

De pronto, al revolver de una esquina, detuvo el paso, llevó las manos á su frente, y para no caer desmayado, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta de una casa recién construída.

Breves instantes le duró aquel desmayo.

Cuando se recobró un poco y miró dónde estaba, vió en el portal un letrero que decía: «Gas en todos los pisos. Hay ascensor.»

Entonces reconoció la casa; era la última magnífica obra del incomparable arquitecto Ortiz de Villajos (Quintana, 6.)

¡Qué edificio más soberbio! ¡Qué construcción tan firme, qué reparo tan cómodo!

Federico lanzó un suspiro al ver papeles en el entresuelo de la izquierda (12.000 reales, piso de mármol, agua... y vino.)

¡Qué bien se vivirla allí! ¡Cuán feliz hubiera sido si Laura, la encantadora hija del famoso dentista Kraizer (Arenal, 70), hubiera correspondido á su pasión amorosa!

¡Allí podían haber vivido contentos y felices: apurando con calma indecible los puros goces del amor conyugal, las plácidas venturas de la luna de miel...

Pero ¡ay! Laura no le quería.

¿Qué hacer?

Paciencia y barajar (1).

Algunos transeúntes empezaron á fijarse en Federico.

Este comprendió su ridícula situación y decidió marcharse.

Dió un adiós con los ojos (tácitos intérpretes de la viscera cardiaca) á la que pudo ser mansión feliz de sus amores puros, y llevando la mano á un bolsillo, sacó y miró un reloj Roskopf, de esos inalterables, de

(1) Para barajar pídanse naipes de Heraclio Fournier: cartulina de primera.—Vitoria.

verdadera hora fija, que vende Maurer (Sevilla, 14,) y por los cuales dan cinco duros de ampeño (Montera, 36, alta tasación, gabinetes reservados.)

Eran las once de la mañana. Llovía.

Federico siguió la calle de Alcalá, y atravesando por la de Sevilla, entró en la del Príncipe.

Su andar, como hemos dicho era presuroso.

Andaba como buscando calor por el movimiento.

Su excelente médico, el doctor Mariani (Corredera, 4,) se lo había dicho repetidas veces: «Contra el frío, ejercicios moderados.»

Y aquel día hacía frío.

Federico lo notaba.

Pero lleno de curiosidad por saber la temperatura de aquel momento, se acercó con rapidez al sin igual termómetro de Aramburo (Príncipe, 12)

Marcaba tres grados bajo cero.

Esto le hizo variar de resolución.

¡Iba, con semejante frío, á llegar á la calle de Santa Isabel por el solo y platónico gusto de contemplar el colegio de damas inglesas donde estaba haciendo ejercicios piadosos su Dulcinea? (1)

¿No era mejor almorzar?

Indudablemente.

Con paso lento, con la calma que infunde el saber que se va á almorzar bien, el antes contristado Federico se replegó, echó por la Carrera de San Jerónimo, y torciendo por la de Echegaray, entró en el Hotel Inglés, que es donde mejor se almuerza por 4 pesetas. (Grandes comedores, se sirven comidas para bodas y banquetes políticos.)

Federico comió con apetito.

De pronto, el frío, que insidioso y traidor había penetrado en su cuerpo, hizo su efecto, y un golpe

(1) Dulcinea, heroína del Quijote. Léase esta obra en la edición de Gaspar y Roig, 6 pesetas.

de los súbito y violento le acometió con furia.

Federico recordó entonces haber leído en alguna parte, quizás en Hipócrates, este aforismo:

«Si toséis, toméis pastillas Géraudel.»

Y mandó al punto por una caja á la próxima farmacia de Lleget (Carrera de San Jerónimo, 30, célebre entre las mejores por sus puros productos y esmeradas drogas.)

Mientras llegaba el mandadero con el encargo, siguiendo el consejo del amable dueño del Hotel (don Agustín Ibarra), tomó un vaso de agua templada con vino.

Aquello le alivió bastante.

—¿De dónde es este vino? preguntó.

—De Arganda, dijo el mozo. Es puro y suave. Se vende en la calle de Santa Catalina, número 4, á 40 reales arroba.

Federico había terminado su almuerzo y fumaba con sosiego un puro habano.

De repente oyó una voz que decía:

—¿Laura, no tomas queso?

—Era ella! Es decir, era él, el padre de su novia...

¡Y también... ella!

Trémulo y agitado, como obedeciendo á un impulso secreto se levantó de su asiento.

En su turbación dejó caer un plato, que por cierto no se rompió.

—¡Milagro! dijo Federico.

—No, señorito, replicó el mozo, no es milagro; es que estos platos son de Cardenal (Cedaceros, 3), y no se rompen.

Una mirada despreciativa de Laura detuvo á Federico, y volvió á sentarse.

Poco después padre é hija se levantaron... y salieron.

Federico los siguió á corta distancia.

Al entrar en la calle del Arenal, ya el padre iba cargado.

Federico no pudiendo contener

su despecho, acaso mal inspirado por el huésped de Arganda que llevaba en el cuerpo, pensó hacer una barbaridad; en tanto que el padre de ella se inclinaba también á hacer una que fuese sonada.

Llegaron cerca de la casa.

Padre é hija dedicaron una sonrisa burlesca al desesperado galán, y éste, ya sin freno á su cólera, se adelantó con ademán hostil hacia su frustrado suegro.

Fue de ver la escena.

Con ímpetu feroz, irresistible, épico, con aspecto de fiera provocada, con músculos de acero y movimiento rápido, como quien se complace en desencajar dentaduras para ponerlas nuevas, el airado dentista y padre se abalanzó á Federico y le dió una sonora, lesiva y terminante bofetada.

Federico cayó de bruces á tierra, bañado en sangre y sin poder articular palabra.

Cuando se repuso un tanto y se levantó del suelo, sólo pudo decir con tono lastimero esta frase que vale un mundo:

—¡Las mejores bofetadas, Arenal, 70!

JOSE CANOVAS VALLEJO

TIJERETAZOS

Los ratas que pululan por Barcelona se han dedicado ahora á robar las zapaterías, cansados sin duda de robar la ropa que los vecinos tienden en los terrados para que se seque.

Hace pocas noches entraron en una tienda de zapatero, previos los obligados trabajos de ganzúa y palanqueta, y dejaron la tienda á piau barrido.

Por llevarse todo se llevaron hasta una americana vieja.

Y á todo esto la policía sin saber quiénes son los autores de ese robo.

Da gusto eso.

Un distinguido empleado gaditano se ha dedicado á la trata de blancos y los exporta á América de la misma ma-

284 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

había visto al fin entre sus brazos, y cuyos besos quemaban aun sus labios.

—Es necesario que esta mujer muera, murmuró roncamente, pero que muera como si la hiriese la mano de Dios; sí, es necesario que muera, pero entre los suyos, libre y perdonada por mí en la apariencia; ¡oh! si yo no la devolviera á esos feroces infantes, mi hija tal vez, la hija de mi amor, caería como el anciano sacerdote, como cayó Abou'l-Hassan.

Aixa inclinó la frente sobre sus manos, dominada por sombríos y tristísimos recuerdos.

—¡Oh! es necesario acabar, dijo, acabemos de una vez.

Y posó su mano sobre el hombro de Zoraya, y la movió suavemente.

Zoraya abrió los ojos, tornólos á cerrar, heridos por la luz, y se puso en pie de un salto obedeciendo á un terror involuntario.

Aixa, de pie ante ella, bañado su semblante por la luz de la lámpara, parecía una sombra vengadora evocada de las tumbas en aquel aposento medroso perdido en la sombra, y en cuyos oscuros ángulos se oía el paso silencioso de los reptiles.

—¿Qué buscas aquí sultana? dijo Zoraya reparando en Aixa, ¿qué quiere la esposa honesta de la mancha de su esposo?

Estas solas palabras de la mujer prisionera á la que

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 285

tenía en sus manos su destino, pronunciadas con un profundo sarcasmo, revelaban por sí solas toda la sarta que existía entre aquellas dos mujeres.

—Vengo á abrirte las puertas de tu prisión, contestó Aixa, voy á devolverte á tus hijos; pero antes quiero que sepas todo el valor de mi sacrificio.

Aixa dejó la lámpara sobre el pavimento y se asentó en el diván. Zoraya tuelta de espaldas á ella ocultaba el rostro entre sus manos.

—¡Llora, sí, llora, la dijo la sultana; llora, mientras yo tengo los párpados enjutos. Y sin embargo, Zoraya, mucho he sufrido desde que viniste de tu castillo de Martos al alcázar de la Alhambra. Y siempre mi corazón ha devorado sus ultrajes, los ha atesorado, y ha pensado en su venganza.

Zoraya callaba; su silencio irritaba á Aixa.

—Calla, sí, la dijo; porque nada podrían decir tus labios que disculpen tu pasado; ¿no te bastaba el haberme lanzado del lecho del rey, en lo que por cierto ganaba la mujer, todo lo que perdía la sultana? ¿no te bastaba haberme robado mi hija? sí, mi hija, Zoraya, la hija del adulterio á que arrastró mi abandono; ¿no bastaba haber atentado á la vida de mi hijo para dejar abierto para los tuyos el camino del trono? ¿no bastaba haber encendido la guerra civil en Granada, haberla destruído en bandos, haber traído á los cristianos hasta nuestras puertas? no; era nece-

288 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

La sultana lo comprendió, pero tenía sed de venganza, y fingió adaptarse á los deseos de Zoraya.

—Pues bien, la dijo, seamos amigas, hermanas; olvidémoslo todo; y en muestra de ello comamos juntas el pan y la sal.

Zoraya se estremeció, la idea del tósigo pasó por su mente como un fantasma sombrío.

—¡Aakill! gritó la sultana.

La esclava se presentó á la puerta.

—¡Manjares! la dijo lacónicamente Aixa.

La esclava desapareció.

Las dos enemigas quedaron solas.

Las dos flagían, pero no se enojaban.

—¿Qué habéis hecho de mi hija? dijo la sultana á Zoraya; hace dos días que ha desaparecido del alcázar de Muza de la Azubia, y se ha encontrado su retrete en el mayor desorden, y en él este puñal, que pertenece al infante Sidy Alhamar tu hijo.

¡Oh! si está en su poder, sultana, nadie osará tocar á uno solo de sus cabellos. ¿No hemos olvidado lo pasado? ¿Acaso no querrás que en el porvenir se nna tu raza á mi raza por el enlace de nuestros hijos?

Acaso era la primera vez que Zoraya hablaba con el corazón; conocía el insensato amor de Sidy Yahye á Schamsul-Ilemal, y ambiciosa siempre, creía que uniendo sus ambiciones á las de Aixa, sus parciales á los de ella, lograría contrarrestar el destino que pe-

